

VENID Y VERÉIS...



VIERON

Y SE QUEDARON CON ÉL

Vieron y se quedaron con Él”:
Desposadas con Jesucristo Redentor (R1)

Lectora 1:

“Al día siguiente, Juan se encontraba en aquel mismo lugar con dos de sus discípulos. De pronto vio a Jesús que pasaba por allí, y dijo:

-Este es el cordero de Dios.

Los dos discípulos le oyeron decir esto, y siguieron a Jesús. Jesús se volvió y, viendo que lo seguían, les preguntó:

-¿Qué buscáis?

Ellos contestaron:

-Maestro, ¿dónde vives?

Él respondió:

-Venid y lo veréis.

Se fueron con él, vieron dónde vivía y pasaron aquél día con él. Eran como las cuatro de la tarde.

Uno de los dos que siguieron a Jesús por el testimonio de Juan era Andrés, el hermano de Simón Pedro. Encontró Andrés en primer lugar a su propio hermano Simón y le dijo:

-Hemos encontrado al Mesías (que quiere decir Cristo)”.

Jn 1, 35

1. Ver, estar, seguir a Jesús

Lectora 2

El evangelista no nos explica qué sintieron, qué pensaron, quiénes eran, cuáles eran sus circunstancias. Nos cuenta mucho con lo que nos dice y también con lo que calla. Nos coloca como discretas espectadoras en la escena, para que nosotras seamos también miradas por él, para que nosotras oigamos también de labios de Jesús sus palabras: “Venid y lo veréis”.

Más que palabras se trata de miradas. Todo podría resumirse así: ver, buscar, encontrar, quedarse con él, seguirle.

Y es que lo más importante en el encuentro con Jesús acontece en lo profundo del corazón. El encuentro con Jesús surge cuando se encuentran dos silencios: el de Jesús y el mío. Cuando nuestro silencio pequeño es alcanzado, habitado y conducido hacia su silencio mayor. Cuando nuestro pequeño corazón se siente sobrecogido ante el corazón inmenso de Jesús.

Lectora 3

Hoy, Jesús, quiero volver sobre aquel primer encuentro. Porque la base de toda mi vida, de la

liturgia, de la oración, de la vida fraterna, del trabajo, de mi ser concepcionista está en esta experiencia de encuentro Contigo. Sin esta experiencia todo lo demás carece de luz y de sentido. Con ella, mis dificultades, sufrimientos, alegrías, encuentran un por qué, y sobre todo un por quién. Mi vocación comenzó cuando Tú me sedujiste, Señor.

2. La mediación de los testigos

Lectora 4

“Este es el cordero de Dios”. En nuestro encuentro contigo, Jesús, hubo dedos que señalaron: “éste es”. Personas que con palabras o con su vida me indicaron dónde mirar y a dónde dirigirme.

Mi historia de amor Contigo está llena de testigos, de personas que me han acompañado y me siguen acompañando en esta aventura de seguimiento..., gozada, sufrida, agradecida.

Gracias por los testigos que con palabras o sin ellas me dicen: “Hemos encontrado al Mesías”. Testigos que me han ido sosteniendo cuando el primer entusiasmo tuvo que ser contrastado con la experiencia de limitación y pecado. Testigos que han ensanchado mi fe, la han hecho más madura,

más cercana a la Palabra. Testigos que han estado ahí en mis momentos de fragilidad.

Lectora 5

Y resulta que en el texto quienes comenzaron recibiendo el testimonio acaban siendo ellos mismos testigos. Porque la fe se contagia.

Ésta es precisamente la misión de mi vida contemplativa: anunciar que nuestra razón de ser es que hemos encontrado un amor lo suficientemente grande como para dejarlo todo y seguirle. Y que ese amor se ofrece a todos en sus distintas formas. Nuestra vocación nace el día que aceptamos esa invitación de ir y ver. Aquellos se quedaron con Jesús ese día. Para nosotras ese día es toda una vida. Una vida que tiene mucho de quedarse, de intimidad y mucho de ir detrás de él.

Nuestra vida es un testimonio de que “éste es”. No nos anunciamos a nosotras mismas sino a Ti, Jesús, que eres capaz de colmar el corazón de un ser humano. Los contemplativos somos en el corazón del mundo el testimonio de que se puede vivir de un amor que sin dejar de arder no llega a agotarse nunca.



3. La pregunta decisiva: ¿Qué buscáis?

Colocamos un cartel con la pregunta: ¿Qué buscáis?

Lectora 6

La historia de un creyente es la historia de su búsqueda personal. Heridas por un amor primero corremos tras la búsqueda de quien nos dejó semejante impacto en el corazón. No es que yo un día busqué y ya está. Es que no puedo dejar de seguir buscando... Nuestras búsquedas se van purificando con el tiempo. Nuestra vida, como la de cualquier persona busca su felicidad y su plenitud, y nosotras la encontramos aquí Contigo, Jesús.

En la prueba voy aprendiendo a confiar. Cuando

experimento que “no puedo”, me quedan dos opciones: cerrarme en mi impotencia o abrirme a tu poder. Y así mi fe y mi amor a Jesús se hace más humilde.

Voy descubriendo que, en realidad, eres Tú el que me ha estado buscando sin cesar.

Poco a poco va enraizándose en mí el sentimiento de pertenencia: “Soy tuya”. Y esta afirmación que en los comienzos está cargada de generosidad, con el paso de los años se asegura en una historia de relación entre Tú y yo. Una historia en la que Tú, Jesús, pones tu fidelidad inquebrantable.

Lectora 7

Y esta experiencia nos asoma a esa experiencia de santa Beatriz de Silva: “Somos desposadas con Jesucristo redentor”. Lo que me identifica no es lo que hago, lo que rezo, lo santa que soy sino este amor tuyo que me ha tomado para sí, en la vida y en las situaciones de oscuridad y de muerte. Un amor imperfecto y pecador, el mío y un amor perdonador y redentor, el tuyo.

Hoy también, Jesús, nos preguntas: “¿Qué buscáis? ¿Qué buscáis cuando me buscáis a mí? ¿Cómo es vuestra búsqueda? ¿Apasionada, rutinaria, desgastada, esperanzada? ¿Dices con tu

vida que me buscas? ¿Sabes que realmente me buscas porque has sido encontrada?

4. Maestro ¿dónde vives? ¿Dónde encontrarte? No hay otro camino que ir y ver.

Colocamos el cartel con la pregunta ¿Dónde vives?

Lectora 8

Aquellos discípulos fueron y vieron. Ir y ver en la relación con Jesús. Ver dónde vive Jesús para nosotros hoy: Un día te encontré en la oración personal sobre todo, en otro momento estuviste más presente en la liturgia, otras veces pasaste por la formación, otras veces te encontré en mis tareas, en el servicio humilde, en la aceptación de las hermanas tal y como son, en mis limitaciones. Quiero ir a dónde Tú, Señor, habitas para mí en cada momento.

¿Cómo es hoy mi relación contigo, Señor? Hoy vuelvo a Ti para ver si esa relación está viva, qué obras grandes quieres hacer hoy en mí...

5. Se quedaron con Él aquel día. Un día que es una vida

Colocamos el cartel con la frase: se quedaron con Él

Lectora 9

Nuestra vocación consiste en permanecer con Jesús. Permanecer en la oración, sí, pero permanecer en todo el conjunto de la vida. En los pequeños servicios, en el trabajo y en el descanso, en la conversación y en el silencio, en la juventud y en la vejez.

Lo que define mi vocación contemplativa sea esta gratuidad. Estar contigo, Jesús ¿para qué? Para estar. Lo esencial es “estar”. Y tengo que reconocer que a veces me cuesta estar.

Un estar que significa mantener la atención amorosa hacia Ti, Señor, aunque ande de aquí para allá.

Necesito aprender a estar contigo, Señor, haciendo tu voluntad o al menos buscándola.

6. Un encuentro contagioso, origen de nuestra vida común y de nuestra misión.

Lectora 10

Juan el Bautista llevó a sus discípulos a Jesús. Andrés le acercó a Jesús a su hermano Simón. Felipe hizo lo mismo con Natanael. En este sencillo gesto se nos explica dos cosas importantes. Una que la comunidad consiste en esto: en llevarnos unos a

otros a donde Jesús. Somos el grupo que te busca, que viene a tu presencia, Señor”.

Nos llevamos unas a otras donde Jesús cuando nos hacemos la vida más agradable, cuando practicamos el perdón, cuando somos capaces de salir de nosotras mismas y preocuparnos de verdad por la hermana, cuando oramos por ella, cuando confesamos con sencillez cómo nos encontramos con el Mesías. Cuando compartimos búsquedas y encuentros. Cuando nos encontramos entre nosotras. Todo esto tiene algo de contagioso. Si tú estás bien me ayudas, si te veo buscar, me animo a buscar. Muestra misión en la comunidad y en el mundo es confesar: “Hemos encontrado al Mesías” y tratar de contagiar con esta experiencia.

7. Un horizonte y una identidad: ser desposadas con Jesucristo Redentor.

Colocamos el cartel de Santa Beatriz desposada con Cristo.

Lectora 11

Ser “desposada” es vivir una relación de amor hasta llegar a la comunión. Y “Jesucristo Redentor” nos está hablando del Cristo Pascual. ¿Se puede vivir esto? ¿No será una exageración? Sí, es un

amor exagerado el que Tú, Jesús, quieres mantener con cada una de nosotras. Desde nuestra pequeñez todo nos queda absolutamente grande. Lo que Tú, Señor, has querido hacer en nosotras no puede sino causarnos sobrecogimiento y admiración, agradecimiento y confianza. Nuestra vocación es un horizonte porque es lo que queremos vivir, hacia lo que aspiramos. Y es también nuestra identidad, lo que ya somos. No es mérito nuestro ser en el seno de la Iglesia desposadas Contigo, Jesús. Hemos sido hechas esposas. Y nuestra vida consiste en mantener día a día este asombro.

¿Por qué nos amas así Señor?! Nuestra vocación consiste en recibir cada mañana este amor inmerecido. Y dejar que nos empape y que empape nuestra vida, nuestras reacciones, nuestras relaciones comunitarias.

Del corazón de santa Beatriz de Silva nos brota una palabra firme: “Atrévete a creer esto, atrévete a vivirlo”. Y vivirlo es recibirlo cada mañana. “Fueron, vieron dónde vivía y se quedaron con Él. Sería las cuatro de la tarde”. Y el reloj quedó ahí parado el resto de sus vidas.

Para la oración personal:

1. ¿Cómo es en estos momentos mi búsqueda amorosa de Jesús? ¿activa, apasionada, con resistencias, estancada...?
2. ¿Dónde estoy encontrando al Señor de una manera especial en este momento: en la oración, en la obediencia, en el trabajo, en esa dificultad que tengo, en la paz del corazón, en la comunidad...?
3. ¿Cuáles son mis experiencias de “cuatro de la tarde” respecto a Jesús? ¿Qué avatares han sufrido? ¿Cómo las estoy viviendo en estos momentos?
4. ¿Cómo vivo en lo cotidiano este “exceso de amor”, esta vocación a la que soy llamada? Dificultades y caminos.